

# José Fernando Ramírez. Estancia y muerte en Bonn 1867-1871

César Sepúlveda

## Preámbulo

**H**ace ya algunos meses, al preparar el autor de este ensayo el prólogo que le fuera encargado para la obra del padre Prometeo Cerezo "Alonso de la Veracruz y el Derecho de Gentes" (Editorial Porrúa, 1985) se encontró en su texto la referencia de que don José Fernando Ramírez había fallecido en Bonn el 4 de marzo de 1871.

La circunstancia de que un mexicano distinguido, dos veces secretario de Relaciones hubiese llegado a esta población en esas épocas, y muriera en ella sin dejar mayores huellas, excitó la curiosidad y provocó una pequeña indagación alrededor de esta rara ocurrencia.

El resultado es esta pequeña crónica, que no lleva más pretensión que ilustrar sobre este ignorado capítulo de la vida de un ilustre mexicano, y honrar su memoria. A la vez, constituye un recuerdo de la gestión diplomática de Ramírez en la capital de Alemania.

Debo consignar que en esta averiguación he recibido valiosa ayuda del señor Susano Espinosa, antiguo y leal colaborador como bibliotecario del Instituto Matías Romero de la Secretaría de Relaciones Exteriores, y ahora en la Biblioteca Nacional de la UNAM.

Agradezco al doctor José María Muriá, Director General de Biblioteca, Archivo y Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores el auxilio que se sirvió prestarme para la realización de este trabajo, aportándome documentos y datos.

Deseo dedicar este opúsculo al destacado historiador mexicano, don Ernesto de la Torre Villar, que tanto ha contribuido para sacar del abandono a nuestro personaje.

## José Fernando Ramírez en Bonn

La veleidosa fortuna jugó una mala pasada al eminente polígrafo mexicano José Fernando Ramírez,<sup>1</sup> porque después de la

<sup>1</sup> Inmerecidamente, sólo una biografía se ha escrito sobre este prócer y es la redactada por don Luis González Obregón, a fines del siglo XIX. *Don José Fernando Ramírez. datos biobibliográficos* (edición de 50 ejemplares para los amigos del autor). México, Tipografía de El Tiempo, 1898, que después fue reimpresa con el título *Vida y Obras de don José Fernando Ramírez*, por Luis González Obregón, M.S.A., México, Imprenta del Gobierno Federal en el Arzobispado, 1900. Entre las dos ediciones existen sólo pequeñas diferencias, por ejemplo, en las páginas 39-40 de la última se habla del destino de algunos cuadernos manuscritos de Ramírez, que siguen extraviados, y algunas otras que se señalan en el texto. Se trata de una obra de cariño, y contiene una lista de casi todas las obras del distinguido exiliado, pero es bastante sucinta. Merece mencionarse también Ernesto de la Torre Villar, *Mexicanos Ilustres*, Editorial Jus, 1979, 2 vols., II, p. 222-253, que traza con donaire un perfil político, intelectual y moral del distinguido hombre público. Ramírez merece un profundo, moderno estudio, que le haga justicia a su

carrera intelectual brillante y agitada que tuvo en México, le relegó a Bonn en la última etapa de su vida, una población remota, provinciana y distante de todo lo suyo. Aquí<sup>2</sup> penó por el inclemente y extremoso clima de esta parte del mundo, que afecta al organismo más templado e influye en el ánimo. Sufrió estoico la falta pertinaz de noticias de la patria, envuelta en desórdenes, y soportó con altivez la amargura del exilio y el sentimiento de haber sido olvidado. Jamás externó resentimiento alguno por su infortunio político, ni buscó acomodarse con los nuevos triunfadores poderes, llevando con gran dignidad las consecuencias de sus propias decisiones.

La producción intelectual del infatigable investigador de manuscritos y antigüedades disminuyó sensiblemente en esta modesta y esquiva ciudad, y apenas pudo poner mano con incomodidad a algunos trabajos empezados en México y encaminados en España.<sup>3</sup> Los tres últimos años de la vida del personaje, transcurridos en Bonn, fueron bastante opacos, casi sin huella. Pasó aquí poco menos que desapercibido, tal vez por propia volición, retraído del bullicio y del esplendor de los grandes escenarios políticos en los que se había movido y descollado notablemente.

En el año de 1864 ocurrió el cambio que habría de iniciar la declinación del prohombre, que pagó cara su apostasía. José Fernando Ramírez decidió servir al Imperio de Maximiliano, no obstante su acusada trayectoria liberal, lo cual resulta un tanto misterioso. El 4 de julio de ese año acepta la cartera de ministro de Negocios Extranjeros y Marina del recientemente instaurado Imperio de Maximiliano,<sup>4</sup> que habría de afectarle con intensidad. Respecto a qué le impulsó a colaborar con el archiduque, sólo pueden formularse especulaciones. Ramírez nunca habló de ello. Se dice que Maximiliano le hizo varias instancias que le hicieron flaquear. Quizá fue víctima de su intenso deseo de servir a México, que presidió toda su existencia. Se rumoró que las zalamerías de Carlota inclinaron su decisión. Había también algunos factores que

gran aportación. He sabido que el distinguido historiador De la Torre Villar ha entregado al Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, en 1985, el material de una obra sobre nuestro personaje, para la Colección de la Biblioteca del Estudiante Universitario. Saludamos desde ahora su aparición. Otras referencias a la personalidad de Ramírez se encuentran, por ejemplo en la "Advertencia" de don Carlos Pereyra a la obra de José Fernando Ramírez, *México durante su Guerra con los Estados Unidos*. México, Librería de la viuda de Ch. Bouret, 1905 (Documentos inéditos o muy raros para la historia de México, publicados por Genaro García y Carlos Pereyra, t. III), p. 7-8.

<sup>2</sup> El artículo está escrito en Bonn.

<sup>3</sup> En la obra *José Mariano Beristain y Souza, Biblioteca Hispano Mexicana Septentrional, Adiciones y Correcciones que a su fallecimiento dejó manuscritas el Sr. Lic. D. José Fernando Ramírez*, y son las que cita con el nombre de "Suplemento" o "Adiciones" en las apostillas que puso a su ejemplar de la Biblioteca Hispano Mexicana del Dr. D. J. Mariano Beristain y Souza. Publicanlas por vez primera el Lic. Victoriano Agüeros y el Dr. N. León, México, Imp. de El Tiempo, V. Agüeros editor, 1898; se encuentran algunas adiciones de Ramírez fechadas en Bonn, en los años 1868 las más, otras en 1869, y las últimas en 1870. La obra va precedida del estudio de González Obregón, de 1898, mencionado en la nota 1.

<sup>4</sup> Véase por ejemplo Vicente Riva Palacio (director), *México a través de los siglos*, México, Editorial Cumbre, 1977, 14a. edición, 15 vols., tomo V, p. 649-650; Martín Quirarte, *Historiografía del Imperio de Maximiliano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970, p. 8 y Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, Exp. L-E-82, p. 12.

contribuyeron para ablandarlo: el llamamiento al gobierno imperial de varios distinguidos prohombres de estirpe liberal como Siliceo, Robles Pezuela, Juan de Dios Peza, Escudero y otros, representaba un halago para los liberales, a la vez que un desaire para los conservadores. No pocos pensaron que el archiduque sería manejable.

Ramírez calculó erróneamente que podría obtener un triunfo personal inclinando al archiduque a la causa liberal. Tenía el apoyo de no pocos ciudadanos no comprometidos o desafectos al Imperio, que esperaban que don José Fernando fuera un elemento de equilibrio, tal vez decisivo. Probablemente se sintió indispensable. La tentación debió de ser muy fuerte, y sucumbió a ella. La verdad es que el gesto de Maximiliano era aparatoso, pero ineficaz. En realidad, y pese a su desplante liberal, el emperador, al decir de los comentaristas de entonces, estaba manejado por los franceses y los "afrancesados".<sup>5</sup> Su gran ineptitud no era ningún misterio. Ramírez resultó a la postre una víctima de esos escarceos del emperador, y ese fracaso le causó profundo sentimiento. No obstante, don José Fernando, con cierta veleidad, siguió aceptando gajes, pues el 6 de julio de 1865 fue nombrado por Maximiliano presidente de la Academia Imperial de Ciencias y Letras, lo cual aceptó complacido, pronunciando además un discurso que le ha sido muy elogiado.<sup>6</sup>

El rejuogo de la política imperial continuó inexorable, a costas de José Fernando Ramírez. El 19 de octubre de 1865 aparece en *El Diario del Imperio* núm. 242, la admisión de la renuncia de Ramírez a su elevado puesto, designándosele empero, al mismo tiempo, ministro de Estado, cargo sin importancia, más bien de carácter ceremonial, y concediéndole la Gran Cruz de la Orden de Guadalupe.<sup>7</sup>

El suplicio interior de José Fernando Ramírez duró todavía unos meses hasta que en un acto de decisión, que debió haber tenido antes de entreverarse en las intrigas imperiales, dimitió a este último encargo el 3 de marzo de 1866, hastiado de las maquinaciones del mariscal Bazaine y ya convencido de su propia ineficacia. El archiduque acepta la dimisión el mismo día, pero le endulza el amargo trago otorgándole las insignias de Gran Oficial de la Orden Imperial del Águila Mexicana, distinción muy codiciada.<sup>8</sup> Desaparece don José Fernando desde entonces del panorama político de México.

Algunos acusan a Ramírez de haber defecionado por inconsistente. En realidad, se retiró decepcionado de que el archiduque hubiese abandonado la actitud liberal de que hizo gala por un tiempo. Resintió asimismo que el emperador no siguiera su consejo de abdicar, como él y otros le instaban a hacerlo.

Es curioso, sin embargo, que Maximiliano le siguiera teniendo inclinación. En mayo y junio de 1866 Ramírez viajó a Yucatán, comisionado personalmente por el emperador, y formuló para éste

<sup>5</sup> Riva Palacio, *op. cit.*, t. V, p. 651.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 716 y *El Diario del Imperio*, 8 de julio de 1865 y 1866. También en *Acta de la Instalación de la Academia Imperial de Ciencias y Literatura de México*, Imprenta de Andrade y Escalante, 1866, p. 7-21.

<sup>7</sup> *El Diario...*, *op. cit.*, p. 1

<sup>8</sup> *Ibid.*, núm. 354, 5 de marzo de 1866, p. 7.

las “Instrucciones a los Comisarios y Visitadores Imperiales”. El propio Maximiliano, en una carta que publica el número 456 del *Diario del Imperio*, le agradece el trabajo hecho, al que califica de “una relevante muestra de vuestra profunda versación en las ciencias políticas, y un nuevo testimonio del celo que desplezáis siempre por Nuestro Gobierno y por la regularidad de la administración”.<sup>9</sup> Es difícil explicarse los sentimientos encontrados de ambos personajes, en los que la vanidad, al parecer, jugaba un papel importante.

El 3 de enero de 1867 se despide José Fernando Ramírez del archiduque en la hacienda de la Teja, hoy en el centro de la capital. Faltan infortunadamente datos sobre este adiós, que debe haber dejado mal sabor a don José Fernando. En ese momento Maximiliano debió haber cavilado sobre encargar a Ramírez la redacción de la crónica de su fugaz imperio, como lo dispuso seis meses después en un codicilo testamentario, la víspera de su fusilamiento en Querétaro.

Semanas después, Ramírez se embarca para Europa, presintiendo el fin de la aventura imperial y, con el honroso pretexto de continuar sus investigaciones históricas, a las que era tan afecto, y en las que destacaba. Viajó sin rumbo fijo por Francia y por Italia, y se dirigió a Viena, donde no se le permitió consultar los archivos para escribir la historia del Imperio que le encargara el príncipe, pasando por Madrid y Sevilla.

Cuando José Fernando Ramírez radicaba en España era presa de inquietudes y no encontraba asiento, como se desprende de algunos de sus documentos. Habla, por ejemplo, de “la breve residencia que hice en Madrid; los apuntes que tomé en Madrid el año de 1867; (h)ay constancia de que algunos, tal vez todos anotados, existen en Madrid... Yo no tuve tiempo para cerciorarme del hecho durante mi breve residencia en aquella capital”. Estando en la capital española trabajaba sus cosas en la biblioteca de la Academia de la Historia y en la del obispo Madrid, según informa él mismo. No parecía Ramírez muy satisfecho del lugar de sus investigaciones en Sevilla, ya que habla de “lugares aún más inaccesibles que el Archivo de las Indias”. No obstante, varios de sus trabajos fueron redactados ahí.<sup>10</sup> Estando en Sevilla, Ramírez debe haber recibido la carta que, según dice el biógrafo de Maximiliano, Conde Conti, le escribió el príncipe desde Querétaro, momentos antes de ser ejecutado el 19 de julio de ese año, que parece haberle deprimido mucho.

Hacia noviembre de 1867 llega José Fernando Ramírez a su último destino, impelido sin duda por el incentivo de pasar sus postreros días entre familiares. Unos meses antes se había instalado en Bonn su cuñado Germán (Hermann Stahlknecht), que

<sup>9</sup> *Ibid.*, núm. 456, julio 9 de 1866, p. 1.

<sup>10</sup> A partir de su llegada a Madrid, Ramírez empezó a fechar sus trabajos, aunque no todos, por desgracia. Así, una parte de su largo e importante trabajo sobre el distinguido naturalista, Dr. Francisco Hernández, se adelantó en Madrid, completándose en Bonn. Véase *Biblioteca Mexicana Septentrional*, citada en nota 3, p. 247-384, especialmente p. 360, 376, fechada en Madrid en junio 14 de 1867, y los *Códices Mexicanos de Fray Bernardino de Sahagún*, publicados en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, de Madrid en 1885, datado en Sevilla el 24 de octubre de 1867, y eso da una idea de sus vagabundeos investigatorios.

tuvo mucha influencia en la vida de don José Fernando. Stahlknecht, oriundo de Paderborn, Baja Sajonia, había emigrado a Durango en los años treinta, en busca de fortuna, que consiguió en las minas y en la banca. Casó en 1838 con Juana, hermana menor de José Fernando, y conservó siempre una estrecha relación de amistad con éste, con quien solía corresponder, y gozaba de su confianza. Sin duda que el establecimiento de Germán en Bonn debió ofrecer a Ramírez la posibilidad de refugio seguro aquí, dados los contactos de aquél con gentes prominentes.

Stahlknecht había adquirido una mansión de nobles proporciones, hacia la ribera del Rin, en Coblenzerstrasse núm. 97, una de las arterias más importantes, hoy calzada Adenauer. Existió en terrenos que ocupa actualmente el Ministerio de Asuntos Extranjeros, y en esa finca habitaba con su mujer y su hija Enriqueta, nacida en Durango. El yerno de Ramírez, José Vicente García Granados, casado con Josefa, llegó a Bonn por las mismas fechas, acompañado de su mujer y de su hija Ursula, y por cuenta de Ramírez alquiló una vivienda, la núm. 115 de la misma calle, lejana no más de cien metros de la de su tío Germán, de menores pretensiones pero con lugar suficiente para albergar los papeles y libros de don José Fernando, y permitirle trabajar con amplitud, con una buena vista hacia el río, que le dejaba contemplar el paisaje. En esta casa vivió Ramírez hasta su muerte.<sup>11</sup>

Enriqueta Stahlknecht Ramírez casó por esos mismos días con su primo Gustav Mueller, hijo de una hermana de Germán, y vinieron a residir en casa de éste. De esa manera, había alrededor de José Fernando un pequeño núcleo mexicano, que le hacía el destierro menos acerbo y le daba cierto solaz.

En la época en que don José Fernando Ramírez viviera en Bonn, esta población no ofrecía muchas amenidades. El casco urbano contaba sólo con veintiséis mil habitantes y todo el amplio distrito, incluyendo poblados al otro lado del Rin, como Beuel, Oberkassel, Vilich, apenas con el doble. Después de transitar por las grandes capitales europeas, el lugar debió parecerle deprimentemente reducido y sólo bueno para trabajar con calma.

A través de su historia, Bonn había sufrido altibajos. Esta historia empieza nada menos que con Julio César, que anduvo por estos lugares en el año 55 a. C. Entonces cruzó hacia la ribera opuesta del Rin, en Neuwied, para reconocer el territorio, sin mayores consecuencias. A poco volvió y sostuvo una batalla en el terreno que después fuera el campamento armado de Bonn, contra dos mil jinetes sambrios, que desde el norte habían vadeado el río, a los que derrotó *De bellum gallicum* (VI, 35). La facilidad con que pasaron a través del Rin determinó la necesidad militar de crear un puesto fortificado en ese lugar, y una cabeza de puente en la otra margen. El emperador Augusto, continuador de las ideas expansionistas de César, decidió conquistar la Germania, situada entre los ríos Meno, Elba y Rin. Druso, hijastro de Augusto, decidió poblar la margen izquierda del gran río con fuertes amurallados, para fines ofensivos, y así nació Bonn, unos 11 años antes de

<sup>11</sup> En el registro de habitantes de la población de Bonn que obra en el archivo de la ciudad aparecen en 1867, con sus domicilios, las personas del círculo familiar de Ramírez que se mencionan.

Cristo, o sea, cumplirá dos mil años en 1989. Empero, la derrota de Publio Quintilio Varo y sus legiones XVII y XIX en el espeso bosque de Teutoburgo, a manos de Arminio, unos años más tarde (9 después de Cristo), obligó a que se abandonaran por un tiempo los propósitos de conquista, y en su lugar se buscó reforzar los presidios o bastiones en la orilla del Rin, como línea adelantada de defensa del imperio romano.<sup>12</sup>

El poblado de Bonn, por su posición estratégica donde el Rin entra a la planicie dejando atrás las montañas, se convirtió entonces en un lugar importante. Fue el asiento de por lo menos una legión. Aquí acamparon la legión XXI, famosa, que fuera honrada con el nombre de *Rapax* (la expedita), sucedida más tarde por la I, *Flavia Minervia*, de no menos prestigio, titulada después como *Pia Fidelis* (la valiente y leal). Al final tuvo su asiento aquí la legión bonense, una veterana, hasta los postreros días del imperio.<sup>13</sup>

Gracias a ese gran despliegue militar, Bonn gozó de una época de esplendor, como centro del tráfico comercial y de viajeros, hasta que decayó en el siglo III, por las invasiones de los bárbaros y la contracción del imperio. Durante varias centurias languideció, hasta que obtuvo la franquicia de villa-mercado en el siglo XI, concedida por el arzobispo elector de Colonia, propietario de casi todos los terrenos urbanos de Bonn, y empezó a tener otra vez una vida económica activa y destacada. Mas volvió a decaer, y fue destruida del todo durante la guerra del Palatinado, en 1689, en que el elector de Brandeburgo, luego primer káiser de Prusia, la bombardeó inmisericordemente, sin dejar un edificio antiguo en pie, perdiéndose totalmente la herencia arquitectónica. Bonn, entonces, al reconstruirse, hubo de convertirse por fuerza en una población "moderna".

Puede afirmarse que la gran época de Bonn se dio cuando los arzobispos-electores de Colonia que provinieron de Baviera, de la casa de Wittelsbach, especialmente Clemente Augusto (1723-1761), mostraron predilección por el lugar. De entonces data el soberbio edificio que ocupa la Universidad de Bonn, que es el castillo que se construyó el elector, así como el pequeño castillo de Poppelsdorf, iglesias, el cercano castillo augusto de Brühl, puentes y otras construcciones que son hoy todavía aspectos decisivos del panorama bonense, pintadas con el clásico color amarillo tereciano de fines del XVIII.

La ocupación francesa (1794-1815), primero y después un periodo de lucha política reprimida con mano dura entre 1820 y 1848, opacaron el crecimiento de Bonn y marcaron un retroceso. Cuando José Fernando Ramírez llegó a Bonn, a finales de 1867, principiaba apenas un modesto resurgimiento, pero no le tocó ya el periodo de gran desarrollo urbano después de la guerra franco-prusiana de 1870-1871. Ramírez habitó Bonn en una época de atraso, en la que casi no existían registros públicos, no había drenaje sanitario, el alumbrado era mediocre y la vida era más o menos pueblerina. Eran frecuentes las enfermedades hídricas por la

<sup>12</sup> A. Philippson, *The Stadt Bonn*, Bonn, 1951, 2a. ed., p. 7-8.

<sup>13</sup> "Das Namengut der Bonner Legion (Legio I Minervia)", en *Rheinische Vierteljahreshblätter*, 20, 1955, p. 192.

insalubridad, como el cólera y otras por el desaseo, como la sarna.

Al principio emprendió Ramírez algunos cortos viajes, para conocer el país, pero pronto las condiciones de guerra existentes por estos rumbos le detuvieron forzosamente aquí. Por otra parte, Bonn no era un lugar de fácil comunicación. Sólo contaba con la navegación por el Rin, medio bastante deficiente y lento, además de costoso, y las conexiones ferroviarias no eran cosa del otro mundo. Se podía ir, sin embargo, por tren directo a Coblenza y a Colonia.<sup>14</sup>

Los achaques de la edad, después, y posiblemente la enfermedad que ya le atenaceaba, y que acabó con él, le impedían moverse mucho. Por ello sus investigaciones en museos, bibliotecas y archivos, a los que era tan aficionado, lamentablemente hubieron de detenerse. Sólo pudo dedicarse a completar trabajos iniciados en México, a poner anotaciones en manuscritos antiguos, y a mantener correspondencia en forma limitada con sus colegas en nuestro país. En general, llevaba verosímilmente una vida bastante ascética. En momentos, sobre todo en el verano, mostraba más impulso para escribir.

Don José Fernando, previsora y afortunadamente, trajo consigo a Bonn numerosos cajones de libros, de manuscritos, de notas y de cartas, que de otra manera se hubieran perdido para siempre.<sup>15</sup> Ordenar todo ello le sirvió de entretenimiento. Después, trabajó algo en unos cuadernos rayados, de tamaño cuarto de pliego, que le acompañaban, y que recogían sus notas y reflexiones históricas de muchos años, veinte de los cuales fueron a parar después al Museo Nacional, y otros cuatro fueron conservados por el investigador Alfredo Chavero. En varios de estos manuscritos laboró Ramírez durante su estancia aquí, y los puso en estado de publicación, como se verá más adelante. Otros hubieron de quedar incompletos, pues era mucha su ansia de avanzar en varios frentes al mismo tiempo, antes de que se le terminara la vida.

Es muy posible que Ramírez haya terminado en este lugar el índice de la *Relectio de domino infidelium*, de Fray Alonso de la Veracruz, de 1553, obra que llegó a sus manos por donación desconocida, y que ahora ha cobrado gran actualidad, pues con base en el manuscrito del primer internacionalista mexicano se han escrito dos obras importantes, la de don Prometeo Cerezo y la del doctor Antonio Gómez Robledo, editadas por Porrúa.<sup>16</sup> Por

<sup>14</sup> Véase principalmente Edith Ennen Dietrich Höroldt, *Vom Römerkastell zur Bundeshauptstadt, Kleine Geschichte der Stadt Bonn*, Bonn, Stollfuss Verlag, 1985, 4a. ed., en especial p. 230-232, 244-275; Paul Metzger, *Bonn am Rhein in alten Ansichten*, Zaltbommel, Europäische Bibliothek, 1985, 4a. ed., 2 vols., vol. II, *passim*; Paul Zurnieden, *Bonn, Bundeshauptstadt*, Bonn, Stollfuss Verlag, 1985, 3a. ed.

<sup>15</sup> Ello revela que Ramírez se preparaba para una larga estancia, quizás definitiva. Después de su muerte, todos sus libros, archivos y demás fueron reintegrados a México donde, como se sabe, fueron vendidos a Chavero y a otros, obsequiados algunos a amigos y conocidos, ocultándose unos y desapareciendo por desgracia otros.

<sup>16</sup> El padre jesuita Ernest J. Burrus, probablemente de manera accidental, o tal vez porque conocía, por las anotaciones a Beristain que hizo Ramírez, la suerte de los papeles de éste, tuvo en sus manos el manuscrito de Fray Alonso, del que trata en su obra *The Writings of Fray Alonso de la Veracruz*, Roma, Saint Louis Missouri, 1968, Tucson, 1976, 5 vols., t. II y III. Antonio Gómez Robledo, que desde su tiempo en la Facultad de Filosofía de México, edificio "Mascarones", había mostrado una gran inclinación hacia Fray Alonso, y que conoció personalmente al

cierto, ese famoso manuscrito está en posesión de un anónimo y avariento coleccionista de la ciudad de México.<sup>17</sup>

Las actividades culturales y sociales que podía realizar don José Fernando eran limitadas. Bonn no era una población que hubiese progresado mucho en ese aspecto. Por esos años había sólo uno que otro concierto, no obstante ser la patria de Beethoven. Unos años antes habían desfilado por aquí Paganini, los hermanos Offenbach, Anton Rubinstein y Mendelssohn Bartholdy, pero se había apagado un poco el entusiasmo. Robert Schumann enfermó y murió en Bonn –se dice que, trastornado, se suicidó echándose al Rin– una década antes de venir Ramírez, y está enterrado en un lugar cercano a donde, por unos meses, en ese cementerio, reposara don José Fernando antes de ser trasladados sus restos. Durante la larga enfermedad del pianista acudieron a visitarle otros talentos musicales como Brahms –que luego casara con Clara, la viuda de Schumann– y el reputado violinista Joachim, pero no continuó en esta población el movimiento musical que inspirara Schumann.<sup>18</sup>

No había en Bonn por ese tiempo círculos literarios, y se publicaba poco, de preferencia textos musicales, no obstante que la Universidad de Bonn cumplió en 1868 cincuenta años de fundada. El teatro no montaba a mucho. Tal vez un punto de difusión cultural y social era el famoso Club de Lectura “Lese und Erholungsgesellschaft” (Sociedad de Lectura y de Esparcimiento) fundado en 1717, siguiendo la costumbre de esa época, para leer y comentar los libros de reciente aparición, y que por los días de la estancia de Ramírez contaba con un excelente local frente a la Universidad, con una buena biblioteca, con amplios salones, donde existían retratos de hombres públicos, monarcas, artistas, poetas y otras personalidades, y donde también había reuniones sociales, bailes de máscaras y demás. El Lese era bastante exclusivo, y a él perteneció Stahlknecht y es muy probable que con él asistiera el exministro de Maximiliano algunas veces a solazarse, o a leer libros franceses, que abundaban ahí.<sup>19</sup>

La opera de Bonn se había fundado en 1869, pero no tuvo muchos adeptos, y sólo hubo algunas funciones, suspendiéndose largo

padre Burrus, preparó el libro *El Magisterio Filosófico y Jurídico de Alonso de la Veracruz*. México, Editorial Porrúa, 1984. (Colección “Sepan Cuantos...”, núm. 461). El padre Prometeo Cerezo de Diego, español, agustino como Veracruz, escribió la importante obra *Alonso de la Veracruz y el Derecho de Gentes*, México, Editorial Porrúa, 1985 (Colección Porrúa núm. 83). Así que gracias al celo de José Fernando Ramírez de preservar ese tesoro manuscrito, fue factible contar con él. De otra suerte se hubiese perdido para siempre.

<sup>17</sup> El valor monetario de ese trabajo es hoy bastante cuantioso, pues sobran anticuarios adinerados que lo querrán poseer. Eso hace que su poseedor se oculte en el anonimato, lo cual es deplorable.

<sup>18</sup> *Vom Römerkastell...*, citado en nota 11, p. 280-282. Clara Schumann fue enterrada en 1896, cerca de su primer marido. El peculiar concierto de cello de Robert Schumann, en do menor, op. 129, compuesto en 1853, una de sus últimas obras, revela algo del desquiciamiento de la mente del compositor.

<sup>19</sup> El Lese, cada vez más exclusivo, se mudó a la Coblenzerstrasse en 1895, a un soberbio edificio destruido por un bombardeo en octubre de 1944. Casi toda su biblioteca y su pinacoteca quedaron destruidas. Sólo se conservan unos pocos libros, algunas listas de socios y unos cuantos menús. En la lista correspondiente a nuevos socios, en 1867, aparece Stahlknecht, lo que da idea de su pujanza económica.

tiempo, no obstante la crecida cantidad de ricos “en marcos oro” que se habían avicinado en Bonn por esos años, afectos a esta clase de representaciones.

La Universidad de Bonn era un factor cultural importante en cierta forma. Fundada en 1777 por el príncipe elector Max Franz (hijo de María Teresa de Austria) como academia, bajo las ideas de la Ilustración, fue convertida en Universidad en 1786, copiando un tanto a la ya célebre de Gotinga, con ideas liberales en oposición a la entonces prestigiada de Colonia, considerada como conservadora. La ocupación francesa de toda la ribera izquierda del Rin, en 1794, determinó el cierre del plantel hasta 1814, en que fue fundada de nuevo, con sólidas bases, bajo el patrocinio del káiser. Los príncipes de la corona de Prusia solían venir a estudiar a esta casa, por lo que fue conocida como “Prinz-universität”. Tuvo excelentes profesores e investigadores, como el físico Helmholtz, el astrónomo Argelander, Kekulé, el químico, el romanista Friedrich Christian Diez, el famoso físico Heinrich Hertz, el jurista Zitelmann, y muchos otros de renombre. Pero puede decirse que no había muchas ligas entre los habitantes –muchos de ellos extranjeros– y la universidad, más bien elitista. Puede colegirse por ello que nuestro personaje no la frecuentaba, amén de las dificultades que tenía con el idioma alemán.<sup>20</sup>

No todo era tedio en Bonn. Por ejemplo, se podían tomar los famosos baños termales en Godesberg, a diez kilómetros de distancia, como se acostumbraba en la alta sociedad bonense y por los cuatrocientos pudientes ingleses que los visitaban, lo cual siempre constituía gran distracción. Otra alternativa para divertirse, era irse a Colonia, a cuarenta minutos por tren, para contemplar el impresionante avance de las obras que concluirían, después de 600 años de construcción, la célebre catedral, empezada desde 1248, que el rey de Prusia Federico Guillermo IV en 1842 resolvió terminar. La catedral quedó por fin acabada el 15 de octubre de 1880, desdiciendo la leyenda que afirmaba que por designio de Luzbel esa edificación no terminaría nunca. Había por tanto, gran expectación, y era un espectáculo que atraía a muchos curiosos.<sup>21</sup> En los días de buen tiempo podía también pasearse en Bonn a lo largo del Rin, por la tarde, en la Promenade, siempre llena de gente bien vestida.

En el tiempo en que residió José Fernando Ramírez en Bonn ocurrieron sucesos importantes en esa parte del mundo. Por ejemplo, la consolidación de la hegemonía prusiana, con Guillermo I, que desde 1862 venía implacablemente. Meses antes del arribo de Ramírez, las tropas prusianas dirigidas por Von Moltke habían derrotado a Austria y sus aliados en Tauberbishofsheim y en Sadowa (Königgratz), obligándola a ceder territorios en la Paz de Praga, y a disolver la federación norte de Alemania. Bismarck se erige como canciller en 1867 con todas las consecuencias que conocemos para el mundo occidental. Prusia emprende la guerra contra Francia en 1870, que terminó justamente unos días antes de la

<sup>20</sup> Al parecer, cuando no le traducían sus parientes alemanes, don José Fernando se comunicaba en francés, que solía usarse por esa época en la ciudad.

<sup>21</sup> Puede verse Hans Welters & Helmut Labeck, *Kleine illustrierte Geschichte der Stadt Köln*. Colonia, Bachem, 1981, 6a. ed., p. 142, 150.

muerte de don José Fernando. En 1869 la República mexicana concluye un tratado de comercio y navegación con Prusia. Desde luego, hubiera resultado interesante, por tratarse de un observador avezado, que hubiese habido comentarios de parte de Ramírez, sobre todo en el aspecto de la influencia que estos acontecimientos pudieran tener sobre México.

Por otra parte, las noticias desde México eran bastante desconsoladoras. El gobierno liberal no se acababa de asentar después del triunfo. Seguía habiendo pronunciamientos y asonadas. La situación económica era crítica, y se estaban padeciendo los males propios de un régimen triunfador en una guerra civil,<sup>22</sup> que sufría además presiones extranjeras. No hubo tampoco reflexiones de don José Fernando sobre el asunto, pero es de imaginarse que con la noticia de la confiscación de sus bienes, decretada por el gobierno de Juárez, y que le llegó por esos días, es natural que se le hubiera agriado el ánimo hacia nuestro país y que quisiera olvidar su desazón dedicándose a investigar y escribir.

Es explicable que José Fernando Ramírez se aplicara a sus escritos con fervor. Era una especie de refugio intelectual para conservar la salud mental en ese caos. Como él mismo decía al escribir las notas sobre la obra del naturalista Hernández: “De investigación en investigación he ido tan lejos que este artículo excede todas las proporciones, y contiene más [de] lo que debiera: pero no veía lo que escribía, sino para olvidar y para entretener en mi soledad las amarguras de mi expatriación.” Y en otra parte de la misma obra de Beristain, en sus apostillas en torno a Hernández, exclama: “La desgraciada y desfavorable situación en que hoy me encuentro no me permite disponer de todos aquellos recursos; mas como el fin de mi penosa carrera se aproxima y con su término quedarían también sepultadas las noticias que he logrado adquirir, dejando a otro más afortunado la tarea de completarlas, compilaré las que me ministran los escasos recursos de que puedo disponer en el lugar donde escribo.”

Entre otras cosas, el “Suplemento” o “Adiciones” a la obra de Beristain deben haberle tomado mucho tiempo, por el cuidado con que están hechas.<sup>23</sup> En varias de ellas aparece fecha de Bonn. Así, su nota sobre Lorenzo Boturini (p. 73-85 de Beristain) la data el 28 de mayo de 1868, como señalando que ese día le dio fin. Su extenso y valiosísimo comentario sobre Francisco Hernández (p. 247-388), que por sí solo podría constituir un excelente libro, está fechado el día siguiente, 29 de mayo. Su informativa anotación respecto a D. Carlos de Sigüenza y Góngora (misma obra, p. 539-553) termina con la aclaración: “Yo comencé a escribir este artículo en México y lo concluí en Bonn *sur le Rhin*, el 22 de mayo de 1868, lanzado de mi patria por las borrascas políticas que la agitaban.- José F. Ramírez.” Las observaciones a Beristain sobre Bartolomé de Góngora (p. 232-237) indican la fecha Bonn, mayo 24 de 1868. La anotación de Ramírez sobre Fr. Antonio Fermín aparece datada también en Bonn, el 29 de mayo de 1868 (p. 178-180). El atildado trabajo dedicado a Mariano Fernández de Eche-

<sup>22</sup> Para una breve referencia, *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 1981, 3a. ed., 2 vols., t. II, p. 917-919.

<sup>23</sup> Citada en nota 2.

verría y Veytía, historiador mexicano del siglo XVIII, lleva la fecha de junio 5 de 1868, igualmente en Bonn.

Seguramente, Ramírez no redondeó todos estos trabajos al mismo tiempo, en fechas tan cercanas. Tal vez la fecha era una señal de que ya estaban listos para impresión, cualquiera que fuera el día en que fueron terminados. Hay, todavía en 1868, una nota que desconcierta, y es la relativa a Fr. Juan de Guevara (p. 243), muy breve, y que trae una nota a pie de página. En el texto se dice que la obra de Guevara "*Tractatus perulitis de Divina voluntate juxte accuratissimam, &c.*, comenzó en 17 de enero de 1710 y se concluyó el 30 de mayo de 1711". La nota dice: "En igual fecha de 1868 transcribo este recuerdo, en Roma." Don José Fernando no estaba en Roma en esos días, y sí en Bonn. Probablemente se trata de un error, o simplemente de una remembranza posdatada.

El año de 1869 registra menos trabajos fechados. Es posible que Ramírez estuviese fatigado, o tal vez afectada su salud, porque sólo aparecen tres adiciones a Beristain en ese periodo. La primera es del 20 de abril, y es una breve apostilla sobre Andrés Dorantes de Carranza, que acompaña a Alvar Núñez Cabeza de Vaca desde la Florida hasta el norte de México (p. 645-646). Otra es en torno a Fr. Pedro Beltrán de Santa Rosa, que estudió el idioma maya en el siglo XVIII, y la dató en Bonn, el 8 de julio de 1869 (p. 64-69). Otra más que escribió, sobre Fr. Juan de Crespí, misionero compañero de Junípero Serra que realizó exploraciones en la Alta California (p. 104-107), contiene en su cuerpo, al final, una mención que señala: "El texto original de estos Diarios permanece hasta hoy (marzo de 1869) inédito, mas no su asunto." De ello se colige que lo redactó en esos días.

Las anotaciones a Beristain que datan del año de 1870 son todavía menos. Hay una respecto a Fr. Juan de Silva (p. 555-564) del 18 de julio que, por cierto, marca algunos errores de Ramírez, ya que habla de "Rivas" en tres ocasiones cuando el personaje es Silva. La última, de agosto 14, en la que se refería al geógrafo español Francisco Domínguez, enviado para complementar el trabajo del naturalista Hernández, está datada el 14 de agosto de ese mismo año (p. 122-124). Ello revela una disminución creciente de la actividad de don José Fernando.

Por último, sus apuntes para la historia del Imperio de Maximiliano<sup>24</sup> presumiblemente fueron compuestos en Bonn, entre 1868 y 1869. Ahora bien, es posible que nuestro expatriado haya puesto mano a otros trabajos, sin fecharlos, como el poema de Gaspar Pérez de Villagrà, que publicó el Museo Nacional el año de 1900, o bien que entre los manuscritos extraviados se encuentren algunos que redactó en la hoy capital federal de Alemania, o también que hubiese avanzado en sus escritos inconclusos; pero puede pensarse que aquí ya no tenía material sobre el cual trabajar, o bien que su enfermedad final se encontraba ya adelantada. Sólo una investigación más a fondo de sus papeles, si logran localizarse, podrá aclarar esta incógnita.

Las nuevas generaciones de mexicanos han de agradecer siem-

<sup>24</sup> Fernando Ramírez. *Memorias para servir a la historia del segundo imperio mexicano*. México. Tipografía de Victoriano Agüeros, 1904. 2 vols., Biblioteca de Autores Mexicanos, núms. 51, 53.

pre a José Fernando Ramírez su celo por concluir en el exilio, y no obstante todos los obstáculos e inconvenientes que encontró en su empresa, esta buena suma de trabajos que son muy importantes para nuestra historia, porque aclaran y precisan muchos puntos hasta entonces falsos, oscuros o dudosos. Aunque su número no es grande, sus aportaciones desde Bonn no sólo son respetables, sino hasta indispensables, ya que fuera de él nadie se había ocupado de todos estos puntos tan variados, por lo que él realizó un rescate valiosísimo para reconstruir el pasado histórico de México. Además, es de apreciarse la clara y tersa prosa con que están redactados, que los hace doblemente informativos. La estancia de Ramírez en esta parte de Alemania fue, después de todo, altamente beneficiosa para la historia patria.

Después de una dolorosa y prolongada enfermedad, probablemente cáncer, el 4 de marzo de 1871, un sábado, día frío, gris, airoso y húmedo, fallece José Fernando Ramírez en su domicilio. Un día antes se había firmado en Versalles la paz entre Prusia y Francia, que puso fin a la contienda de 1870, que absorbió la atención de los periódicos, y por eso el antiguo ministro de Maximiliano no obtuvo menciones en la prensa.

La esquela fúnebre, publicada en el *Bonner Zeitung* el lunes 6 de marzo traducida, reza: "Noticia Luctuosa. Lejos de su patria, México, viviendo en el exilio desde la caída del Imperio, murió hoy aquí después de largo sufrimiento, nuestro querido padre, abuelo, hermano, tío, suegro y cuñado, José F. Ramírez, jurista, antiguo ministro de su majestad el emperador Maximiliano de México, caballero de numerosas y altas órdenes, lo cual sus amigos y allegados participan con el corazón contristado, y les ruegan atender. Bonn, 4 de marzo de 1871. J.V. García Granados, Josefa García Granados, nacida Ramírez, Ursula García Granados, Hermann Stahlknecht, Juana Stahlknecht, nacida Ramírez, Enriqueta Mueller, nacida Stahlknecht. El sepelio tendrá lugar a las 3 de la tarde, partiendo de la casa donde falleció, Coblenzer Strasse núm. 115".

En el registro de defunciones de la ciudad de Bonn, aparece el certificado del fallecimiento del ilustre mexicano. "El señor Rudolph Bouvier [un apellido ilustre en esta ciudad; la mejor librería de aquí lo lleva] como delegado del alcalde, da fe que el 5 de marzo de 1871 comparecieron Hermann Stahlknecht, de 61 años y José Vicente García Granados, de 42, para declarar que el 4 de marzo a las cinco de la tarde, había muerto, de 66 años, José Fernando Ramírez, marido de Ursula Palacio, nacido en Durango, México, hijo de José Ramírez del Valle, difunto, originario de San Bartolomé y de Josefa Álvarez de Refugio, también difunta." En el certificado no se expresan las causas de la muerte del señor Ramírez, lo que confirma que en esa época existía cierto atraso en materia de administración pública.

Con este documento renace la disputa que corre desde el siglo pasado entre Parral y Durango sobre el verdadero lugar del nacimiento de don José Fernando, que al parecer se ha decidido en favor de la ciudad chihuahuense, en virtud del testimonio de sus descendientes.<sup>25</sup>

<sup>25</sup> Véase González Obregón, *op. cit.*, p. XIX y XLV.

El cuerpo recibió cristiana y provisional sepultura el martes siguiente, día 7, en el Alt Friedhof (Cementerio Viejo) en la sección IV, núm. 442, junto al muro exterior, un sitio bastante modesto. Coincidentemente, el cementerio se encuentra a unos cuantos metros de la embajada de México en Bonn. En este mismo campo-santo, poblado de añosos árboles y no exento de belleza, están enterradas muchas personas de relevancia histórica para Bonn, tal como el compositor Schumann, poetas, profesores, alcaldes, historiadores, políticos, juristas, astrónomos, matemáticos, etc.,<sup>26</sup> así como la hermana de Ramírez, Juana, y el marido de ésta, Hermann Stahlknecht, que muriera años después. La tumba de ambos está provista de un monumento importante, que da idea de la buena situación económica de que gozaba la familia Stahlknecht.

El anuncio de la desaparición de nuestro distinguido compatriota quedó opacado por el júbilo de las celebraciones por el triunfo de las armas prusianas y los festejos por la paz de Versalles. El periódico local, la víspera de su muerte, traía la recomendación del alcalde Kaufmann para “iluminar decorosamente las casas hoy en la tarde, cerca de las siete para... celebrar la paz gloriosa”,<sup>27</sup> y publicó una sección especial para conmemorar la victoria. Ahí se reproduce el telegrama del káiser desde Versalles, de esta manera: “La Paz. Berlín, a 3 de marzo, a las 12 del mediodía. En este momento y con repique de campanas y el tronar de cañones se acaba de leer en el palacio imperial el siguiente telegrama del Emperador a la Emperatriz.” “Versalles, 2 de marzo. Acabo de firmar la paz, después de ratificarla ayer en Burdeos. De esta manera se da término a la gran obra, gracias al valor, perseverancia y abnegación del incomparable ejército y a la patria presta a cualquier sacrificio. El Señor de los Ejércitos bendijo claramente y en todo lugar nuestras acciones, permitiendo así alcanzar esta paz digna y honorable. La gloria es de El. Con el corazón profundamente conmovido doy gracias al ejército y a la patria. Guillermo.”<sup>28</sup>

Los siguientes días, el mismo diario está repleto de noticias sobre muertos y heridos en campaña provenientes de esta comarca, y de encendidos, patrióticos editoriales, de invitaciones a actos públicos, conciertos y audiciones, así como kermesses para celebrar la paz, tan grata para Alemania. El entusiasmo era desbordante, como si la gente intuyera que este país iba a entrar a una nueva y grande época, y a ocupar un lugar destacado en los asuntos mundiales.

Así se extinguió en tierra distante y extraña, en el exilio, y en un ascético retraimiento, la vida de un gran mexicano, útil a la patria en más de un sentido pero que, como dice don Carlos Pereyra<sup>29</sup> “se extravió en la política por azares del tiempo en que vivió”, lo

<sup>26</sup> Es impresionante la concentración de muertos importantes cerca de donde estuviera sepultado Ramírez: por ejemplo Schelegel, filósofo; D'Alton, profesor; Balderbusch y Kaufmann, burgomaestres; Noeggerath, famoso mineralogista; Brandis, filósofo y teólogo; Ernst Moritz Arndt, profesor y político liberal de oposición; Diez, el romanista; Simrock, editor; Niehbur, el célebre historiador, y muchos otros intelectuales, así como personajes de la alta sociedad.

<sup>27</sup> *Bonner Zeitung*, núm. 62, marzo 3, 1871, p. 1.

<sup>28</sup> *Ibid.*

<sup>29</sup> Prólogo a la obra de Ramírez, *México durante su Guerra con los Estados Unidos*, México. Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1905, p. VII-VIII.

cual, para muchos, era imperdonable. No obstante, otros equivocados, con mejor fortuna, se incorporaron a la vida social y política de nuestro país al reinstaurarse al gobierno liberal, y sobrevivieron, aun con honores. El destino de Ramírez fue bastante injusto.

Su anhelo de volver a la patria se cumplió, empero, a su muerte. Unos meses más tarde, en el mismo año de su fallecimiento, regresaron a México su hija Ursula, el marido de ella, García Granados, y la nieta, también llamada Ursula, trayendo consigo los restos del difunto en un ataúd de zinc debidamente soldado, según el uso, para el traslado del cadáver a la patria. Iban también, acompañándole fielmente, más de veinte grandes cajones de papeles, de libros, de folletos, de periódicos y de manuscritos, salvándose así el preciado legado documental del ilustre desaparecido, por lo menos temporalmente y en parte.

La fecha de salida de Bonn de la familia García Granados no ha podido ser verificada aquí, por la deficiencia de registros. El único dato concluyente es que ya no aparecen en las listas de pobladores de la ciudad para 1872. Tampoco pudo establecerse en qué día fueron exhumados los restos de don José Fernando en el Cementerio Viejo, a fin de conducirlos propiamente a México.

A su llegada a nuestra capital, los despojos mortales de Ramírez fueron sepultados en el entonces Panteón Inglés, establecido en terrenos de la Tlaxpana, cedidos por el gobierno de México al de Su Majestad Británica desde 1824, para la inhumación de súbditos de ésta fallecidos en la ciudad, y administrado por el consulado de ese país. Tal vez sus deudos escogieron ese cementerio porque por ese tiempo se negaba sepultura en sagrado a quienes no fueran católicos genuinos, como ocurrió con don Santos Degollado, sepultado también ahí, y en el caso de don Francisco Zarco que estuvo embalsamado, momificado por un tiempo, en su domicilio, hasta que se creó el Registro Civil en 1872, que acabó con ese impedimento y permitió su enterramiento.

El Panteón Inglés desapareció en 1970, por obras de ampliación de la calzada Melchor Ocampo, convirtiéndose en un agradable parque público. Los restos de los ahí inhumados, si los familiares así lo manifestaban, se trasladaban al moderno Panteón Inglés de la calzada México-Tacuba, fundado en 1926. Los otros, o bien fueron reclamados por sus descendientes y colocados en otros lugares, o por falta de peticionarios, quedaron para siempre bajo el suelo del parque. En el caso del señor Ramírez el asunto amerita una investigación cuidadosa. Sería injusto que no se conociera el lugar de su sepultura final, porque algún día habrá de rehabilitarse.

Los libros y papeles de don José Fernando Ramírez, una preciada herencia documental para la historiografía mexicana, hubieron de sufrir raras y variadas peripecias. Más de un cuarto de siglo después de su muerte, esto es, en 1898, empezó a conocerse públicamente la suerte de sus manuscritos y de su importante biblioteca. Aunque no con muchas precisiones, don Luis González Obregón, en su *Vida y Obras de don José Fernando Ramírez*, de 1904, proporciona algunas noticias sobre ello. Por ejemplo, habla de veinticinco tomos de manuscritos de Ramírez y menciona que el licenciado Alfredo Chavero tuvo la propiedad de sus volúme-

nes, a los cuales puso índices<sup>30</sup> y de los cuales veinte llegaron a manos del doctor Lucio, cuya viuda más tarde los vendió al Museo Nacional; pero Chavero conservó cuatro, los números 21, 23, 24 y 25 cuyo destino no ha quedado claro.

En sus dos obras sobre Ramírez, menciona González Obregón también que la riquísima biblioteca de Ramírez, que comprendía también “muchos *incunables* del antiguo Continente, gran número de ediciones *princeps* mexicanas del siglo XVI, crónicas religiosas, folletos rarísimos, infinidad de códices jeroglíficos de los indios y una espléndida colección de manuscritos, autógrafos o copiados, relativos a nuestra historia, reunidos, anotados y cotejados a costa de grandes trabajos...” y que comprara Alfredo Chavero a los herederos del ilustre José Fernando, fueron después vendidos por éste al señor Manuel Fernández del Castillo con la condición específica, que éste aceptó, de que no salieran de México, esto es, que no fueran vendidos al extranjero, lo cual hizo sin embargo Fernández del Castillo, violando su palabra, poniéndolos a la venta, en subasta, en Londres, a través de unos listos rematadores, Puttick and Simpson,<sup>31</sup> perdiéndose así un tesoro bibliográfico para México. Esta inicua operación la realizó por instigación de un sacerdote, el canónigo de origen alemán Agustín Fischer, que gozó de gran privanza en el efímero imperio de Maximiliano, y que merece oprobio.<sup>32</sup>

Se conserva el catálogo, preparado por los subastadores ingleses,<sup>33</sup> que ilustra sobre todas esas insustituibles piezas del patrimonio cultural de México. La colección es asombrosa, y duele que toda esa riqueza se haya disipado. Partes de ella se conservan en la colección Bancroft y en el fondo del marqués de Heredia que está en la Biblioteca Nacional de Madrid. Otras se han dispersado. Los herederos de José Fernando Ramírez conservaron un tiempo, como señala González Obregón, algunos lotes de libros anotados por Ramírez y varios manuscritos, que también ahora han ocultado sus poseedores.

De alguna manera, bien por donación o por adquisición, un importante número de piezas del legado de don José Fernando Ramírez vinieron a manos de don Francisco del Paso y Troncoso, erudito historiador y lingüista mexicano de fines del siglo XIX y principios del XX<sup>34</sup> y que le sirvieran para seguir en las huellas de aquél, pues manifiesta es la sutil influencia de Ramírez en no pocos de los escritos de Del Paso, así como en su técnica de investigar.

<sup>30</sup> *Vida y obras...*, *op. cit.*, p. 39-40. Esto no se contiene en la edición de 1898.

<sup>31</sup> “Datos”, p. XIX. XLV; *Vida y Obras...*, *op. cit.*, p. 15, 43. Véase también *Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México*. México, 4a. ed., t. II, p. 1717.

<sup>32</sup> Este siniestro personaje causó también la salida de la valiosa biblioteca del Padre Andrade, que se vendió en Leipzig por su conducto. Véase la ficha de Andrade en el *Diccionario Porrúa*, *op. cit.*, p. 105-106, y la del malhadado Fischer en *ibid.*, p. 776.

<sup>33</sup> *Bibliotheca Mexicana, or a Catalogue of the library of rare books and important manuscripts relating to Mexico and other parts of Spanish America*, Londres, G. Norman and Son, 1880, que puede consultarse en la Biblioteca Nacional. El catálogo comprende tanto la biblioteca del historiador y dramaturgo Chavero como la de Ramírez, siendo más importante la de éste último.

<sup>34</sup> Luis González Obregón, “Don Francisco del Paso y Troncoso”, *Cronistas e Historiadores Mexicanos*, México, *Diccionario Porrúa*, *op. cit.*, t. II, p. 1583-1584.

El padre jesuita Ernest H. Burrus, a quien debemos el haber rescatado para el mundo a Fray Alonso de la Veracruz, el primer internacionalista mexicano, y a cuyas doctrinas ha dedicado una valiosa obra de cinco tomos (mencionada en la nota 15 de este opúsculo) señala que Francisco del Paso y Troncoso llevó el manuscrito de *dominium infidelium et iusto bello* desde México, de donde salió definitivamente en 1892, hasta Florencia, donde falleciera en abril de 1916, y a su muerte los libros que poseía, entre los que se encontraban algunos que fueron de José Fernando Ramírez, fueron reexpedidos a México, vía Veracruz, donde no pocos se dañaron por la humedad, perdiéndose para siempre. Algunos libros, entre ellos el manuscrito de Fray Alonso, tocaron por herencia a doña Josefa del Paso. Más tarde pasaron a otras manos que han preferido permanecer anónimas a más de misteriosas.<sup>35</sup>

La familia que dejara a su muerte José Fernando Ramírez en Bonn se fue extinguiendo, sin dejar huella posterior. Primero falleció su hermana Juana de Stahlknecht, el día 23 de febrero de 1876, a los sesenta y cuatro años de edad, también nacida en Parral. Por cierto, al tramitarse la inhumación de su cuerpo en el Cementerio Viejo, comparece su sobrino político, Gustav Mueller para aclarar que el costo del amplio lote –para varias sepulturas– se paga en parte con el valor del terreno donde estuvo sepultado Ramírez, al borde del muro.<sup>36</sup>

Gustav Mueller se ausentó de Bonn, en 1874, acompañado de su esposa Enriqueta. Volvió súbitamente en 1883, para asistir a los funerales de Hermann Stahlknecht, pero, una vez tramitada la herencia de éste, se fue a Berlín, regresó dos años después, permaneciendo en Bonn hasta la venta de la casa heredada, mudándose de nuevo en 1888, ahora a Dresden.

Hermann Stahlknecht continuó, al fallecer su esposa, en la misma casona de Coblenzerstrasse 97, y, al parecer, continuó dándose buena vida. Un documento encontrado accidentalmente evidencia que el día 16 de julio de 1882 ordenó en su domicilio un suculento almuerzo para 23 personas con el “Konditoreimeister, Stadtkoch y Traiteur” (maestro pastelero, cocinero de la ciudad y restaurador) Karl Josef Bauer, ignorándose el motivo de la fiesta, tal vez una reunión con sus parientes de Paderborn y amigos.<sup>37</sup> Stahlknecht fenece el día 22 de octubre de 1883, de un ataque al corazón, siendo sepultado junto a su esposa, y levantándose ahí el monumento que aún existe. Gustav Mueller se encargó de los funerales. La esquila mortuoria en el *Bonner Zeitung*<sup>38</sup> habla de que era abuelo, mas Enriqueta no tuvo descendencia. Hay aquí un pequeño misterio.

Mueller había regresado solo de su ausencia, en 1886, por lo que se colige que Enriqueta Stahlknecht, su mujer, debió morir probablemente en Berlín; existe en esto otra incógnita. En el intervalo había vendido la mansión heredada de su tío y suegro, y casó en

<sup>35</sup> Cf. Burrus. *op. cit.* en nota 15. t. II, p. 84-90, y Cerezo de Diego. *op. cit.* en esa misma nota, p. 46-47.

<sup>36</sup> Documento de petición de Gustav Mueller al alcalde Doetrich, el 10 de marzo de 1876 y anotación al reverso. Copia en poder del autor.

<sup>37</sup> Carta del Dr. Manfred van Rey, anticuario y cronista, del 4 de septiembre de 1986.

<sup>38</sup> Octubre 24, 1883, p. 3.

segundas nupcias con una señora Elías. Más tarde, en 1904, aparece en Coblenza, donde fallece el 25 de febrero en el hospital de Hermanos de la Caridad, en calidad de indigente. La fortuna heredada le duró, pues, bastante poco. Por falta de recursos fue enviado a sepultarse en Bonn, en el lote Stahlknecht-Ramírez, y mereció sólo una inscripción secundaria, apenas visible en el monumento.

Así se borra todo testimonio, todo vestigio que pudiera haber quedado de don José Fernando Ramírez, en la capital federal de la República Federal de Alemania, hasta estas fechas en que con dificultades estamos intentando reconstruir su tránsito por aquí.

Hasta el final de su vida en Bonn conservó José Fernando Ramírez los rasgos sobresalientes de su compleja, interesante personalidad. Ramírez es un producto neto del siglo XIX mexicano. Fue un hombre que se forjó a sí mismo, en medio de avatares, en un periodo histórico difícil de nuestro país, y que se superó, destacando notablemente. Es explicable su carácter recio, autosuficiente, un tanto altivo, sin llegar a la soberbia, sabedor de sus propios méritos y seguramente confiado en ellos. Por lo mismo, resultaba susceptible al halago y a la lisonja. Su honestidad intelectual está fuera de discusión y pecaba de ella en exceso. Le contrariaba el descuido académico en otros, y criticaba con dureza la falta de seriedad en la investigación histórica.

Poseía Ramírez un enorme talento natural y una clara visión de lo que se necesitaba para el desarrollo cultural de la República, y pugnó siempre por ensanchar el patrimonio de ella en este ramo y conservarlo para las siguientes generaciones. Para tal fin, creó instituciones valiosas y perdurables, como bibliotecas, museos, colecciones, revistas. Sembró buenas semillas de nuestra historiografía, como se lo reconocen sin excepción todos los historiadores, y aportó fuentes inestimables para el conocimiento de nuestra antigüedad patria y de la verdad histórica. Conservó para la posteridad testimonios, documentos únicos e inapreciables.

Probo e íntegro funcionario su conducta fue siempre intachable, y miró siempre en sus cargos por los mejores intereses y el buen nombre de México. Tenía muy arraigado el don de la lealtad: a sus principios, a su terruño, a sus amigos, a la patria grande. No fue ningún oportunista político y actuó en todo momento imbuido de un profundo afán de servir al país. No puede negarse que era un gran patriota y que amaba intensamente a México por encima de todo.

Quedará en el misterio la extraña decisión de Ramírez de servir al fugaz imperio de Maximiliano, que tanto sufrimiento le acarrió a la postre. Pero aún ahí, en esa deslucida empresa, es factible descubrir en todos sus actos oficiales una noble intención hacia el país, un deseo de que la patria encontrara una vía posible para la tranquilidad y la reconstrucción. Se equivocó dolorosamente, y caído en desgracia, no buscó desquite, ni excusas, ni se lamentó jamás de su mala fortuna, ni buscó culpables. Llevó su pena con ecuanimidad, y no cesó, en medio de sus problemas, de continuar sus útiles investigaciones históricas. Y compurgó su error político con creces, en el amargo destierro, empobrecido, viviendo a expensas de parientes, perdidos sus bienes por confiscación y muriendo lejos de su amada tierra.

---

La dolorosa herida de las intervenciones extranjeras en México nos ha hecho que veamos con baldón a quienes, de buena fe, por debilidad o con malévolas intenciones sirven de alguna manera al usurpador de fuera. Por eso, aún ahora, después de cinco generaciones, no se perdona a José Fernando Ramírez su extravío de la causa liberal. Pero quizá el caso amerite más estudio y aparezcan atenuantes para una condena así. Lo bueno en Ramírez predomina con exceso sobre su momentánea ofuscación. Las contribuciones que ha hecho a la cultura mexicana son muchas y de gran mérito. La deuda contraída con él pesa demasiado en su favor, y hay que considerarla en el balance. El saldo le es favorable. La necesaria reconciliación de todos los mexicanos, para propósitos de elevar y dignificar al país, podría permitir que se levante el estigma que sobre él gravita y eventualmente conduzca a su rehabilitación postrera. Así lo deseamos.